

Enrique González Rojo es un poeta que se caracteriza, en la panorámica de nuestra literatura, no sólo por su afán de escribir sino de reescribir. Su pasión es la *creación continua*. Su compromiso, el *cuanto de nunca acabar*. Primero publicó su libro *Para deletrear el infinito* en 1972. Después tomó dos decisiones: reescribir cada uno de los quince cantos de este volumen hasta formar quince libros e irlos dando a luz, agrupados, bajo el título que los cobijara inicialmente. Este proyecto lo ha ido cumpliendo con toda puntualidad, como lo demuestran la edición de *Para deletrear el infinito (1975-1981)* y *Para deletrear el infinito (1981-1985)*. *El tránsito* aparece ahora como el décimo cuarto libro de su plan original. Reescribir, sin embargo, no es igual a escribir. Es hacerlo desde diferente enfoque, con más años encima, con otra pluma y con tinta de diversa tonalidad. Ahora el poeta se vale de la prosa. Pero no sólo de una prosa poética, sino de un género al que llama *cuentema*, es decir, de un cuento que se adueña de las alas de la poesía para tutearse con las nubes. El *cuentema* es un género que deliberadamente tiene un pie en la anécdota y el otro en la divagación del sueño. No nos cabe la menor duda de que Enrique González Rojo logra en este pequeño libro, con creces, su propósito de hacerse el cronista apasionado de los apareamientos que tienen lugar algunas veces entre el cielo y la tierra.

EL TRÁNSITO  
O  
EN EL PRINCIPIO  
ERA EL GERUNDIO

1990

*El cuentema es un poema que  
se asoma a un cuento que se  
asoma a un poema.*  
**E.G.R.**

# **EL LIBRO DE LOS GERUNDIOS**

## ***EN EL PRINCIPIO ERA EL GERUNDIO***

Todo gerundio debería de hacer su testamento. A diferencia de los infinitivos, que son contrabandistas de la eternidad, los gerundios cabalgan en las pezuñas de sus puntos suspensivos. Los fragmentos de Heráclito "El oscuro" están escritos en gerundio, aunque, a decir verdad, no es posible bañarse dos veces en idéntico devenir. Los verbos ser o estar, así en su forma infinitiva, son tarjetas postales que nos envía lo intemporal o, si se prefiere, descripción de algunas de las posturas de Dios. Pero no hay que dejarse llevar por el espejismo que pone su granito de arena humedecida a la idea fantástica de que el desierto no es sino el ámbito donde crecen comunas de agua. No hay que confundirse ni dar el cerebro a torcer. En los sótanos de los infinitivos también se halla, agazapado, el tiempo. Callado. No diciendo este tic tac es mío. Permitiendo que el verbo, del que es una forma clandestina, se pasee por el mundo sin sufrir la tarascada de las conjugaciones. Cuando decimos: amar, y advertimos cómo nuestras huellas dactilares escuchan el canto de las sirenas, decimos en el fondo: amando. Y es que, mi amor, nuestro lecho tiene un pacto con el presente, con el hic et nunc del gerundio de nunca acabar. ¿De nunca acabar?

Mientras vayamos en el convoy del presente, la estación terminal, y las paletadas de oraciones fúnebres que supone, no es sino una pesadilla, un sueño sometido a la tortura de sentir cómo le cae, gota a gota, la imagen de la nada. Todo participio pasado se halla a la busca de su museo. Sabe muy bien que se encuentra en alguno de los capítulos de la memoria o en alguno de los recovecos con más telarañas de la inconciencia. El futuro, por su lado, mira al presente como la realización ve a su sala de espera. El futuro es el más allá del más acá. El perpetuo residuo de nuestro banquete de tiempo. El agua de Tántalo que huye de nuestro pie con la puntualidad del deshojarse de las margaritas ante un viento sentimental cualquiera. El gerundio se ubica entre el pretérito y el futuro como el pecado entre la excitación y el remordimiento. Es el pan nuestro, desmoronándose, de cada día. Es un pastor que lleva su majada de segundos desde quien sabe dónde hasta quien sabe qué. Es, en fin, mi personaje, mi tema, mi ocupación, no de deletrear el infinito, sino de hallarme, oh lector, deletreándolo.

## *MI TEMA*

Cuando a un ángel se le pregunta: ¿Qué es un hombre? El ángel contesta: Un ser que contrajo tiempo.

El protagonista esencial de todos mis poemas (de todos, también de los estertores que figurarán en la última página de mis obras completas) no es el ir desde un entusiasmo hasta un punto cualquiera y sus suburbios, no es el comprar con un pasaje la aniquilación vertiginosa del espacio, sino que es el devenir, el paulatino derrumbamiento no sólo de la arena del reloj sino del reloj de arena, el ser que es desde siempre un siendo, el viajar en la carroza de lo efímero contemplando cómo todas las provincias de la transformación se nos vienen en sentido contrario.

En realidad, no escribo poemas, sino historias. Hablo, por ejemplo, de la crónica de un suspiro, de la biografía de un deseo inconfesado, de la historia verdadera de un silencio.

A veces, me duelen los relojes. Tanto, que veo al cucú como la más siniestra de las aves de rapiña. Pero no puedo cruzarme de ojos ante lo evidente: soy, somos, seremos personas con las manos empolvadas de tanto acariciar la idea de inexorables velorios. La muerte está a la vuelta de este júbilo, vendrá el miércoles, llegará al mismo tiempo que la llamada telefónica que espero desde hace un siglo.

Por eso el personaje principal de mi lápiz es el misterio de un verbo crucificado por todas sus modalidades. Por eso la obsesión central de mi musa es seguir el rastro de todo coleccionista de huellas.

Mas no puedo dejar de inquirirme si el protagonista primordial de estos alaridos –que discurren no en verso o en prosa sino en tiempo– es el interminable dejar de ser que en todo existe o si, por el contrario, es todo lo que, para ser, se embarca a perpetuidad en el moverse. Lo diré sin reservas: mi personaje es cualquiera de las criaturas del elenco infinito que puebla y que despuebla este escenario al que damos el nombre de mundo, no de aeropuerto de ángeles.

## *EL AVE FÉNIX*

Iba conformándose. Cada mes equivalía, aproximadamente, a un año. Al principio, era una masa informe, caótica. En algún lado estaban los ojos; pero era difícil hallarlos. El proyecto de boca se encontraba en su fase de oquedad recién nacida. Los brazos se alargaban, segundo con segundo, a la busca de esas carnosidades de cinco puntas que los entendidos designan: manos. Alguien podría decir que las orejas eran alas atrofiadas; pero estaban ahí, una de cada lado, dándose a la tarea de llegar al tamaño previsto. Entre las piernas colgaba una lágrima de carne, lo cual significaba que el sexo se abría paso a su definición. No sé en qué momento, la cabeza fue separándose del tronco mediante aquello que los diccionarios, los vendedores de collares o los espectadores de una decapitación llaman: el cuello.

El homúnculo llegó a tener, pues, todas sus partes en su sitio. No había desorden alguno. El estómago no ocupaba el lugar de la lengua. Las caderas no usurpaban el espacio de las rodillas. El cerebro no se acurrucaba debajo del esófago. Y el color de los ojos, eterno patrimonio de familia, no se hallaba en tratos ni con el estado de ánimo del firmamento ni con las propuestas de la vegetación. Bajo el cráneo, la materia encefálica, feto de la conciencia, agitaba su espíritu nonato. Diseño de hombre. Sujeto sin objeto. Yo sin el espejo de un mundo para mirar que mira y que se mira. Ser en ciernes. Arqueología de niño.

Pero no sé qué leyes bioquímicas fueron pisoteadas por la excepción. Y el ser que iba creciendo, ocupando más y más espacio en el vientre de su constitución, al cumplir los sesenta años de hallarse en la sala de espera, desdobló su intimidad y se miró a sí mismo en su ser otro. Carecía, sin duda, de cosas y experiencia. Era un Robinson arrojado a la isla de su cuerpo. Pero supo de sí y corría sin cesar de un lado a otro para ser el que habla o el que escucha, el que afirma o el que niega, la tesis o su noche. Y comenzó a ser a destiempo un ser humano. Un diálogo perpetuo, allá tras la placenta.

Soy producto, se dijo, de algo extraño y oscuro que ocurrió en mi pretérito. ¿A dónde voy? –rugió desencajado–. El silencio fue el preludeo del ruido, las convulsiones, los estertores. El triunfo del más allá.

El trauma del nacimiento no es sino la muerte y la transfiguración del gerundio de lo interno en el gerundio que yace en los pañales.

## *HEIDEGGERIANA*

No sé qué ocurrirá con los otros, pero yo no me puedo dormir del lado izquierdo: las palpitations del corazón, la roja cuenta de todos mis instantes, me dan insomnio. Para dormirme, preciso apoyarme del lado derecho, donde me arrulla la somnífica ausencia de latidos. No me puedo dormir del lado del gerundio. Del lado de la vocecilla miserable que habla siempre de lo mismo: de posibles infartos, estertores y mortajas. Del lado, en fin, donde la muerte se confunde con mi tetilla izquierda. Duermo a la perfección, en cambio, si me vuelvo al sitio opuesto, ahí donde el oxígeno no se halla racionado, donde brota una mullida canción de cuna y donde no se siente a lo efímero, con su ábaco intemporal, contando los pasos que le faltan a uno para hacer de los pies las huellas últimas. Tal vez fuera mejor tomar nuestra preñez de muerte por los cuernos y deshacernos de la cantimplora de espejismos que nuestra ilusa sed ha conformado. Quizás fuese mejor mirar de frente nuestro caer de bruces para morder el polvo y el olvido. Encarar los turbios negocios en que nuestro futuro ha de meterse. No temer confesar: "Te he de seguir viviendo, vida mía, con este afán de inmortalidad que han de comerse los gusanos". Ni rehuir la insistencia: "La manera de prepararse para morir no es aguantar por un momento la respiración, ni hacer una antología de los cien mejores epitafios de la lengua castellana, sino aceptar que somos seres para la muerte, criaturas que no eluden, ante cualquier herida, ser infectados por la idea del desenlace". Así deberíamos de expresarnos. Pero al meditar que la rosa es rosa solamente para marchitarse, sentimos que el corazón, demudado, se inquieta y palidece y se lanza a extraviarse en una distracción, un juego, un trabajo o el placer que nos envuelve en un mundo de amorosas musarañas.

Por eso, sin saber lo que ocurrirá con los otros, no me puedo dormir dellado izquierdo, de mi lado heracliteano, del sitio en que se dicta mi condena, del lado en que se calla el puñado de polvo que hará mi sepultura.

## ***ESE TEMOR***

El amor de mi vida no es otro que la atmósfera. Ya en mi cuna me dedicaba, feliz, a respirar todo el santo día. Después de los nueve meses, en que la respiración, aleteando, se desató de su capullo, hubo entre mi pulmón y el oxígeno un amor a primera vista. Y me di a saborear el aire con una glotonería de palmera. No ha habido nunca la menor desavenencia asmática entre mi entorno y yo. Estamos hechos el uno para el otro como la mano martirizada y el vientre del terciopelo.

Ignoraba de velorios y pésames de cera. Vivía como el ángel que en la estación de su nacimiento se sube al tren de nunca acabar. El ángel que es eviterno, según se dice, y va no de la nada a la nada ni del infinito al infinito, sino del principio a la eternidad, o séase, que brota de las entrañas de un reloj y salva, en permanente carrera de obstáculos, todos los puntos finales que lo acosan. Ángel sin pretérito, sin la negra ley de la tasa decreciente de futuro.

Yo sabía que las moscas volaban hasta el sitio en que se les despellejaba el completo tiempo. Que el perro tarde o temprano habría de lamer la herida del inicio de su dejar de ser. Que el gallo llegaría a su crepúsculo en menos de su canto. Que el azotador se trasladaría, desentendido, desde sus preocupaciones de gusano hasta el pisotón de este pie con pretensiones de destino. Yo fui a los dos o tres años un ser eterno. Nadie se había acercado a mi oído a decirme: Enrique, sabes, eres polvo. Vives los primeros tramos de tu epitafio. No deletreas en realidad sino lo efímero. Llegará el día en que sufras una angina de tiempo. Tus manos se te habrán de volver, amortajado el pulso, las zonas arqueológicas del tacto.

Pero un día me ceñí la muerte de los otros. Asistí a un entierro y oí las oraciones fúnebres desde la caja mortuoria. Tropecé entonces con un inquietante silogismo. Todas las ovejas se hallan pastoreadas por la muerte –me dije–. Yo no hago otra cosa que balar al infinito. Ergo –y en este ergo recibí una transfusión, no de sangre, sino de los *fragmentos* de Heráclito– sé que ya está escrita, ay, la partitura de mi último suspiro... Me coloqué, pues, en la lista negra, como uno más de los seres minusválidos orillados a vomitar todo lo eterno.

De joven me gustaba jugar a ya no ser, a colocarme en las sienas un infarto. Me quitaba la ropa. Me tendía en la cama. Me quedaba inmóvil, sin mover una pestaña. Tapiaba los ojos. Contenía la respiración. Y durante los segundos que discurrían entre la clausura del oxígeno y la imperiosa necesidad de devorarlo, le daba los últimos retoques al cadáver, delgado y macilento, de mi excentricidad.

Tanto y tanto diseñé mis futuros ataúdes que llegué a tronarme unos dedos astillados.

No siempre fue así. A veces la muerte se me moría en el olvido, victimada por el síncope de alguna indiferencia. Yo sacudía mi árbol de metáforas, hacía el amor (o lo deshacía), conspiraba contra el asco, jugaba a



los naipes con la parte más distraída de mí mismo, hacía una hoguera con todos los calendarios de mi casa.

Pero en ocasiones hallaba la muerte a la vuelta de los ojos, al dar de pies a boca con el asombro o al encontrarme tarareando un entusiasmo. ¿Cómo olvidar los sueños interrumpidos por el pavor que vio relampaguear la nada?

Hallo la muerte al torcer una mirada, al emprender un silencio, al tomar una ducha (y añadir al diluvio ambiente la cuota de mi lloro) o al acto de escribir, ya con olor a punto final, las frases estas.

No tengo escapatoria. Soy un ser que aunque se ha pasado la vida deletreando y deletreando las palabras mayores, se sabe en el lado moridor del gerundio.

## VATICINIOS

Hay presentimientos prematuros, madrugadores, de vista larga. Adivinaciones que no leen en el humo, con los ojos llenos de lágrimas, las fechorías del fuego o en la inquietud de los nidos y el tremar de las hojas la aproximación de la tormenta, sino que, a destiempo, sin la brújula de un indicio, forjan no sé qué trampas en las que capturan el futuro. Hay previsiones, en cambio, resueltamente tardías, como la del que supone, en medio de un diluvio, que podría llover, o la de quien conjetura, cuando su mujer se entrega al pleno ejercicio del odio, que su consorte podría dejar de quererlo. La realidad aparecida y dominante, vuelve ridículos y de triste figura esos anuncios que no tienen los pies en el tiempo. Pero hay profecías en su punto. Oyen las curvadas voces de su bola de cristal cuando hay que oírlas. Arrastran el futuro hacia el presente cuando el ahora necesita prepararse para ser el anfitrión desvaneciente del mañana.

Hay gallos que se alimentan de granos de puntualidad. Cantan y surge, zás, la madrugada. Se despiertan, baten las alas, olfatean el medio ambiente, y hay cuarteaduras en todas las sombras de la noche. Cuando estos gallos encienden la mecha de su pico, los segundos de la oscuridad están contados. Pero hay gallos que se manifiestan a deshora. Cantan, por ejemplo, a las tres de la mañana. Aletean, hacen que su cántico picotee los más audaces agudos para anunciar la luz; pero la noche se hace, negramente, la desentendida y continúa hojeando su libro de azabache. Hay otros que cantan bien entrado el día. Enarbolan su clarín, digamos, a las once de la mañana, cuando son las únicas supervivencias de la noche un lobo que bosteza y un búho desvelado.

Suena el teléfono. Es casi de mañana. Despierto y despierta conmigo el gallo de un presentimiento. No es tarde ni prematuro, no se atrasa ni precipita. Se halla en clave de oportunidad. Bate las alas, esponja el cuerpo hasta llenarme las entrañas y destruye, con su canto, todas las penumbras de mi materia gris. Corro. Levanto el auricular y la mano conduce hasta el oído la voz, recién nacida y palpitante, de mi corazonada.

## UN SECRETO

Esto que tienes delante de tus pestañas, oh lector, no es una anécdota. Tampoco un rollo lírico. No es un minicuento. No es, en fin, un cuentema. Es la revelación de un secreto. Sí, leíste bien. Revelación de un secreto. No ignoro, y sé que tú lo tienes presente, que los secretos se caracterizan por restar el mayor espacio posible entre la lengua y la curiosidad, por eso escogen, como lugares normales de operación, la cama, el teléfono o el confesionario.

Cómo es posible, dirás, que este señor, hable de secretar algo y lo publique, robándole su natural privacidad a la discreción y poniéndole magna voces a una confidencia. Es claro que parto del supuesto de que este libro tendrá muy pocos lectores. No voy a decir que se podrían contar con los dedos de la incertidumbre porque sé que al menos me van a leer mis amigos. Pero sé que este volumen, ofrecido en cualquier escaparate, no guardaría el menor parecido con el pan caliente. Además, aun suponiendo que varios lectores se hagan de este tomo, estoy plenamente seguro de que pocos se detendrán –dado que su título está pergeñado deliberadamente para no decir nada– en este relato. Todo lo anterior me da confianza, pues, para entrar en materia y confiarles mi revelación.

Mi secreto es el siguiente: estoy casi seguro de haber descubierto la única manera de hacerse uno inmortal. Sé que llegar a esto, la mitad de los lectores intrépidos que se habían arriesgado a internarse en la tierra movediza de este texto, maldecirán al autor y desertarán de su aventura. Deserción ésta que debo confesar me parece muy bien porque garantiza que el secreto llegue a pocos oídos.

La única manera de volverse inmortal está a la mano de los. Escucha. Todo lo que hay en el mundo, nace, se las me que ver con el espacio y el tiempo, y muere. No hay a sola excepción a esta monstruosa regla. No ignoro que demos hacer algunos juegos de palabras destinados a sal-r la eternidad, enterrar a los enterradores y brindarnos un estúpido confort. Podemos decir, por ejemplo, como el viejo Hegel, "todo cambia menos el cambio". O "todo muere menos la muerte". O también: "lo único inmortal es lo percedero". Pero este juego es lo más aburrido del mundo. Asimismo podemos reivindicar la creencia de que la agonía es a casa en llamas del que el habitante huye a la búsqueda otro oxígeno, de un mundo en el que Heráclito ha sido crucificado y el tiempo no sólo se muerde la cola, sino que –Cronos de la culpa– se devora por completo a sí mismo. Pero, a decir verdad, así como al llegar a los umbrales de adolescencia dejé de creer en los cuentos de hadas –aunque había algunos tan hermosos que llenaban de florecillas silvestres el cerebro– ahora he dejado de creer en los cuentos de eternidad.

De ahí que, para darle contenido a mi insomnio, un día escribí: *Dios les pertenece tanto a los creyentes,/es tanto, tan tantísimo su patrimonio,/que al llegar éstos a su postrer momento/mueren con todo y Dios./Qué bálsamo./Qué dulzura, por fin, de ya no ser./El sepelio es entonces/una*

*inhumación del tiempo/ y sus delirios.* La muerte no es, por consiguiente, un atajo para la inmortalidad. Algo que obtengamos en un abrir y cerrar (indefinido) de ojos. Tampoco, que quede claro, vamos a trascender el tiempo en y por nuestras obras, si es que ellas llevan al calce la rúbrica de nuestro afán de sobrevivimos. Nada más falso. La memoria ajena es sólo un estercolero de sombras, un armario de espectros, un arcón de siluetas ganadas por el polvo y las polillas. El secreto para volvernos inmarcesibles, coetáneos de los ángeles, no consiste en perpetuarnos en nuestros hijos, en nuestros nietos y en ese etcétera encargado de ensartar genes y genes en idéntico apellido.

El secreto es más sencillo: se precisa recogernos en la cama, prescindir audazmente de los ojos y soñar que por fin somos eternos. Soñar que nos tuteamos con los dioses. Que saludamos de mano a lo divino. Que, al hablar de la muerte, nos carcajamos de ella, como David se reía, en pláticas con su honda, del gigante. Es la única manera de saber en qué piensa el infinito. Sólo así le podremos hacer tablas al señor de los cielos si se digna a jugar una partida de ajedrez con nosotros. Miraremos entonces a los hombres como seres minusválidos que nacen oliendo ya a cadáver, como tribus pastoreadas por la muerte, como juncos asaeteados por el viento que devendrán las víctimas, por más que con plegarias y plegarias construyan un refugio, del olfato finísimo que luce la guadaña.

Viviremos en clave de infinito. Tendremos de ese modo un pasaporte para entrar a todas las salidas. Haremos del corazón un habitáculo del cuento de no acabar de un ocaso que le pisa los talones a la aurora.

Más, lector, si tú tienes la cabeza en su sitio y tus pies en el ínfimo pedazo de mundo que te toca, tal vez podrás decir: pero ¿y si se despierta a los que duermen? ¿Si, con moverles un hombro, se les trasquilan las alas? ¿Si los reintegramos a la infamante profesión de deletrear su propio pulso? Si eso me dices, no veo otra salida que afirmar que no tengo ya nada que añadir. Que aquí llega a su término mi aliento. Y entonces, oh lector, busco esconderme, acurrucar mi voz y mi vergüenza en el punto final que habrá de protegerme de tu enojo.

## **PUGNADA SAGRADA**

## ***PRECEPTIVA***

En ocasiones, se empieza impunemente un escrito con el tradicional "había una vez". Quien tal hace, adolece quizás de una deficiencia orgánica que le impide ruborizarse o pugna por deshacerse lo más pronto posible del sueño que carga en la punta de la lengua. Quien tal hace, adolece quizás... Pero lo más probable, es que el "había una vez" haya aparecido por una razón especial: la distracción del "colorín colorado". Normalmente, el "colorín colorado", vigila la hoja amenazada por el poeta en éxtasis o el cuentista de tiempo completo. Se agacha. No dice esta boca es mía. Y cuando el "había una vez" pretende sentar sus reales e introducir de contrabando la anécdota temida, el espía aparece, alza la vibrante libélula de su puño y hace que el "había una vez" huya despavorido.

La verdad es que en ocasiones el "había una vez" resulta más fuerte que el "colorín colorado". Echa raíces en la página. Se detiene a comer lecturas y se protege, como puerco-espín, del borrador enemigo. Incluso, de lograr su propósito, llega a transmutarse en cuento y aun en novela. Y sólo cuando, en la página 637, el "había una vez" y su prole se sienten fatigados, bajan la guardia y dan ocasión a que el "colorín colorado", con la consigna de "más vale tarde que nunca", le tuerza el aliento al relato que se desarrolla con ridículas pretensiones de embarcarse en el barco chiquito del cuento de nunca acabar. Pero también es cierto que a veces el "colorín colorado" es más vigoroso que el "había una vez". No es imposible, como escribí, que la distracción del "colorín colorado", el hallarse papando nubes, haya permitido al "había una vez" dar los primeros pasos. Pero el "colorín colorado", blandiendo una mordaza, brinca a escena y, tras un forcejeo, consiente sólo la consumación de un epigrama o un minicuento donde un punto final diligente y prematuro canta victoria. No pocas veces, el "había una vez" y el "colorín colorado" hacen tablas: las tablas de la ley dialéctica que dice: la síntesis del ser y el no ser es el gerundio o el matrimonio entre el principio y el fin es la borgiana historia de la eternidad. Y ocurre en estos casos que aunque el escrito se desenvuelve con dificultades podría terminar donde quiera: en el adjetivo con ambiciones de coda final, en el punto y seguido con delirio de grandezas o en la frase ingeniosa que busca robar el escenario. O, a la inversa, aunque el texto finalice abruptamente, hubiera podido continuar indefinidamente, recorriendo los puntos suspensivos de la infinidad. La lucha entre el "colorín colorado" y el "había una vez" equivale a la pugna entre el sepulcro y la cuna. El punto final es el cómplice de la hoja en blanco. Es un antipoema. O el espíritu autocrítico que encarna en el borrador del lápiz. El "había una vez", por lo contrario, es la inspiración, el hombre, el yo gesticulante. El poeta es el que sabe disparar a tiempo, a punto, a poesía, un "colorín colorado" sobre el "había una vez" y sus pretensiones. El poeta es, en este sentido, el señor de los silencios.

## *RECITAL*

Apuntó hacia el público su metralleta de imágenes. Cortó cartucho en las metáforas más agresivas. Le arregló a la inspiración el tren de aterrizaje y sintonizó la lectura en los manotazos de la pasión. Se rodeó de relámpagos, de lluvia al menudeo, de chubascos y huracanes. Pero el público permaneció, como quien oye llover, frío, distante, perezoso, dándole las últimas pinceladas a su indiferencia.

Inmoladas en la hoguera del punto final, él guardó sus poesías. Los asistentes, después del chasquido que se detuvo en las inmediaciones del aplauso, abandonaron poco a poco la sala. Él salió, a continuación, cargando su enorme portafolios de poemas.

Salieron primero los cerdos, después las margaritas.

## *MÁQUINA DEL TIEMPO*

Año 2089. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Causan sensación en el mundo –dice el encabezado– los 'conciertos de aromas' ofrecidos recientemente en la ciudad de México". Un reportero escribe: "La sorprendente creación mexicana asombra cada vez más al globo terráqueo. El último concierto de la temporada de otoño, que concitó gran entusiasmo en la ciudadanía de la capital azteca y que operó como un poderoso imán para el turismo, presentó el siguiente programa: Preludio 'Niñez de la vainilla', 'Partita para eucalipto solo', 'Dúo para sándalo y huele de noche' y 'Variaciones sobre un tema del heliotropo'. Como nuestros lectores nos han solicitado una descripción de estos conciertos, pasamos puntualmente a hacerlo: Las 'casas de perfume', nombre con el que se les conoce, son semejantes a las viejas salas de cine o de teatro. Tienen varias hileras de butacas y una pequeña pantalla frente a ellas. En la pantalla aparece el título de la obra odorífica a presentar, el año y las condiciones en que fue creada, las opiniones de la crítica y una breve biografía del autor. A continuación, cada uno de los asistentes se coloca en el rostro su 'mascarilla', esto es, el receptor de la creación aromática. El técnico pone a funcionar el 'emisor colectivo' y el público se sumerge en las inefables delicias del perfumarlo".

Año 2099. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "causan asombro –puntualiza el encabezado– los vertiginosos cambios de estilo en los 'conciertos de aromas' del mundo entero". A renglón seguido se lee que: "tras el breve período, conocido con el nombre de clásico-mexicano, los artistas del perfume pasaron al romanticismo cosmopolita, después al impresionismo y al expresionismo decadentes y, tras de una fugaz etapa vanguardista, al posmodernismo contemporáneo. El clásico-mexicano se basaba en reglas precisas, equilibradas y armoniosas. El 'manual de composición aromática', por ejemplo, se hizo imprescindible. Era una especie de preceptiva o canónica que ofrecía recetas para una buena composición odorífera y enumeraba prohibiciones que habrían de tenerse siempre en cuenta ('no deben nunca mezclarse las esencias de origen floral con los olores de prosapia alimenticia', etcétera). El romanticismo rompió con todas esas reglas: 'ser romántico –decía uno de sus representantes– es cargar en las bolsas un revólver'. No hubo entonces ningún impedimento para combinar olores, siempre que fuesen 'buenos olores'. Creaciones características del período romántico fueron aquellas en que sobre el fondo de una emanación de agua de colonia se erguía, señera, el olor a tierra mojada, o aquellas en que el olor a pastel recién nacido alternaba con el de las manos de un niño acabadas de lavar. El impresionismo y el expresionismo implantaron en la creación artística olores inusitados y sorprendentes. La 'Sinfonía para aroma de mar' de Maurice Delius es un claro ejemplo de tal cosa. Y también dieron carta de ciudadanía a olores rípidos, ácidos, inquietantes. Los artistas del perfume expresionistas, verbigracia, echaron mano exageradamente del azufre y hasta tuvieron la loca pretensión de hacer cadencias de amoniaco. El advenimiento



de las vanguardias representó la génesis del caos. Los 'conciertos de aromas' empezaron a no tener ni pies ni cabeza. El olor a lápiz se combinaba con el sensual aroma del pescado, la esencia de una lagartija con el aliento de las comadreas. La pestilencia de lo podrido con la fragancia equívoca del velorio".

Año 3009. Noticia importante aparecida en varios diarios europeos: "Los conciertos de aromas viven su etapa del más exagerado posmodernismo". Un articulista dice a continuación: "La esencia del posmodernismo en el arte de los olores es, como se sabe, la incorporación en las 'creaciones para el olfato' de los malos olores. Al principio, se mezclaban en dosis soportables los buenos y los malos olores, las fragancias que terminaban en un redoble de pestilencias o los hedores que se sublimaban, en el último compás, en un efluvio de azucenas adolescentes. Después han ido ganando terreno las fetideces y las argucias de la descomposición. El surgimiento, en un 'concierto de olores', de una serena exhalación de flores silvestres es vista como pasada de moda, ridícula y sensiblera. El posmodernismo pesado ya no mezcla la hediondez y el efluvio, la prosa y la poesía, sino olores hediondos en diversa proporción. Y alguna gente se dice entusiasmada por los postreros aullidos de esta moda. Es importante señalar, en fin, que en el último 'recital de aromas' celebrado, se ha prescindido de la variedad de olores a favor del olor único, y durante tres largas horas, sin un solo intermedio, el público ha recibido en su mascarilla el olor de las diversas fases de putrefacción que atraviesa un cadáver".

## *MINIESTÉTICA*

El minicuento sale perfecto, redondo –o el cuentema arriesga un paso hacia su fórmula algebraica– cuando la hilera de vocablos que lo forman se muerde la cola, se muerde la cola y empieza a deletrear su propio símbolo. Se muerde la cola y hace, con ello, el ojo de la cerradura por el que puedes tú, lector, asomarte para observar las perversidades de la hoja en blanco.

## ***REGLA DE ORO***

Cuando decidí dar a luz este cuento (breve como un suspiro en pie de prisa) llamaron ruidosamente a mi puerta un título, el "había una vez", el "colorín colorado" y un sinfín de ocurrencias protagónicas. No les abrí mi casa. Más bien le torcí el brazo a mi lápiz para que en vez de decir se desdijese. Ni siquiera le permití que insinuara, en las desnudeces del ingenio, los harapos de una anécdota. La goma de borrar pidió el micrófono. Logré agrupar entonces, con paciencia de orfebre, tan sólo este puñado de palabras enamoradas del silencio.

## *A MI MISMO*

Te dedicas de lleno a la poesía. Desde niño. Desde adolescente. En el cuarto de los trebejos, entre los cofres, los trajes vetustos, las telarañas de lo ido, hallas la vieja lira. La desempolvás, te la llevas clandestinamente a tu alcoba. Das con la manera de afinarla. Y empiezas –generalmente en alto insomnio– a robarle algún acorde, a solicitarle cierto arpegio, a hurgarle no sé qué melodías. Y de ahí en adelante, durante décadas, ignoro qué pasión te tuerce el brazo para Obligarte a negar con versos, estrofas y estancias la blancura perfecta de la página. Pero un día das de bruces con la prosa, la hallas inesperadamente, a la vuelta de una axila. Te le quedas viendo. Los entusiasmos se te vienen al rostro y el enamoramiento sienta sus reales a lo largo y a lo ancho de su entraña.

Te sientes prendado por el habla común. Rechazas las 'formas elípticas. Los simbolismos y los circunloquios son agrupados en la lista de tus enemigos. El ideal, te sugieres, es tender puentes entre las vísceras de los humanos. La línea más corta entre un individuo y su semejante no puede ser la alegoría ni el seductor periplo del rodeo. Tiene que; ser la prosa. La prosa que es un infatigable molino porque; siempre va al grano. La prosa que puede dar testimonio del gruñido de un átomo o de la música para galaxia sola.

Y resuelves que nada mejor que un haz de cuentos. Nada mejor que torturar o entretener al prójimo. Regalarle un olvido. Extirparle la ingratitud de algún regazo. Descorcharle una anécdota. Empujarlo a decirse. A colocar sus ojos a la altura de una imaginación que emprende el salto.

La prosa te seduce. Para llegar a ella, caminas pisoteando los pájaros del verso. Las metáforas están bien, sentencias, sólo para las jaulas. Mas, de pronto, después de vivir los cuatro rincones de la prosa, sientes nostalgia por las piruetas del gorjeo, añoras los crujidos tarareables, recuerdas los aullidos a la luna de los tropsos.

Pero el nido está ahí: con su redondo y blanco ofrecimiento. Te acercas. Levantas, con el pulgar y el índice, la promesa. Ves aparecer las cuarteaduras que prologan la atmósfera, la existencia, el tiempo. No se trata es verdad ni de un poemínimo (cómplice cuando más de un parpadeo) ni de aquel minicuento que corre tras el rastro del ojo de una hormiga. Es un poema que se asoma a un cuento que se asoma a un poema. O es un cuento que se asoma a un poema que se asoma a un cuento. En fin, es una prosa a la que el alpiste y la vecindad de los superlativos, la convierten en un pájaro consciente de que no hay jaula capaz de encarcelar sus trinos.

## *LA ALQUIMIA*

El gran minicuento debe tener vocación de manjar. Debe tutearse con la delicia. Aprender el arte de la insinuación. Entre los ingredientes que lo forman debe comprender el guiño. Después de batirlo y antes de ponerlo al fuego (para darle las últimas pinceladas al milagro) debe espolvoreársele con mucho y variado ingenio, hasta hacer que se halle en punto para ser devorado, oh lector, por tu mirada y para dejarte por horas, días, semanas, un buen sabor de ojos.

## *LAS PIÉRIDES O ¿DÓNDE ESTÁ PETRA?*

No sé por qué en todos los parques de la ciudad de México hay perros, callejeros y nostálgicos, que lo siguen a uno. De repente, reparamos en ello y aceleramos el paso. El can le mete primera a su resolución y se apresura. Reflexionamos entonces en que no hay por qué inquietarse, vemos con malos ojos a nuestra prisa y tornamos al ritmo despreocupado de la gente normal. El perro, sin dejar de ver de reojo las arbitrariedades del zapato, disminuye también la velocidad y se siente ya camarada, compañero o amigo nuestro. Asustados por esta ilusión del ente irracional que olisquea nuestros talones, nos paramos de pronto en seco, sin decir agua va. El perro, confundido, se detiene también. Se hace el que la virgen le habla y nos busca las pupilas. En ese momento no hay sino dos posibilidades: huir en un automóvil y olvidarnos para siempre de este molesto incidente o adoptar por los siglos de los siglos a este animal que tuvo por nosotros un amor a primera vista.

Algo similar a lo anterior, si no es que idéntico, sucede con las musas en los parques. Mas, espérenme, antes de proseguir, voy a hacer una aclaración. No ignoro que, de acuerdo con la mejor tradición, domina la idea de que existen nueve musas. O, si se quiere, para tomar en cuenta una aportación mexicana, hay diez. Pero quiero aclarar que aquí se han confundido los géneros con las especies. No es cierto que sobre la superficie terrestre sólo haya nueve o diez musas, sino que hay nueve o diez géneros de musas. Es como si, también mezclando el género y las especies, dijésemos que el globo terráqueo está poblado por cuatro hombres (negro, blanco, amarillo, cobrizo) cuando todos sabemos que hay millones de hombres, pertenecientes a estos géneros o razas habitando el mundo. En realidad existen, entonces, millones de musas. Y un número significativo de ellas gusta, como los perros, de pasearse por los parques de nuestra ciudad.

El otro día, yendo por el parque México, divisé una musa que se hallaba comiendo una manzana en las ramas de un árbol. Aclararé que no todo individuo está capacitado para ver a una musa. Sólo ciertas personas que tienen aptitudes artísticas, actuales o potenciales, pueden gozar de este privilegio. Incluso existe (o debiera existir) una definición del poeta como "hombre capaz de ver a una musa". Yo pertenezco, para qué ocultarlo, a la familia de los seres que tienen cabida en esta definición porque vi con mis propios ojos –y no es la primera vez que me sucede– a la musa meciéndose en la rama. Ella también me vio. Descendió del árbol y se puso a seguirme como uno de esos perros callejeros de los que hablé al comenzar. Me hice el desentendido. Me puse a descifrar una constelación de musarañas. Pero se situó exactamente atrás de mí y caminó al mismo tiempo en que yo lo hacía. Y comenzó el conjunto de actos consabidos. Apresuré el paso y la musa hizo otro tanto. Corrí desesperadamente. La musa dijo pies para qué los quiero, y se volvió también una exhalación. Me detuve entonces y llegó el momento de

la decisión. ¿Huyo en mi automóvil de esta musa o la incluyo para siempre entre mis pertenencias?

Necesito nuevo paréntesis. Las musas que andan en los parques y que, con vocación de sombras, se unen a veces a algunos transeúntes son, por lo general, de baja estatura. Su cuerpo llega, casi siempre, al estómago de cualquier poeta. Chaparras y vestidas a la moda: con blusas sencillas y pantalones muy ceñidos. En un sesenta o setenta por ciento tienen un cuerpo muy bien formado. Cintura pequeña. Senos puntiagudos. Caderas y muslos proporcionados y exuberantes. Su rostro, en cambio, es invariablemente desagradable y feo. Las musas son, así, como pequeñas ancianitas alocadas o, si se prefiere, como brujas a medio hacer.

Al instante en que, como dije, me detuve y me vi en la necesidad de decidir si me escapaba de mi persecutora o de plano la adoptaba, hubo dos especies distintas de argumentación que en mis entendederas entraron en colisión: por un lado, el cuerpo de la musa me hablaba a favor de la adopción. Por otro, la cara de ella me convencía de la oportunidad del olvido. La indecisión dio su golpe de estado y me quedé, lelo, recorriendo las provincias del estupor. Sin embargo, la musa habló. Y aunque el hablar se hallaba localizado en el rostro, más bien rimaba con el cuerpo. Voz dulce, sensual, como de grillo venido a más. Al oírla comprendí que el empate entre el cuerpo de diosa y el rostro de erinia, iba a ser superado por la voz. Y así fue. Por eso la tomé de la mano, como un padre a su hija, y me fui al departamento. Dije hace un momento que fue su voz la que acabó de convencerme de llevármela a casa; pero no es exacto. Más que su voz fue lo que me dijo con su voz. No recuerdo las palabras; pero más o menos lo que me sugirió es que, dado que la inspiración poética se me venía poco a poco angostando –yo acababa de hacer un censo preciso de mis vacas flacas–, necesitaba una musa, y que ahí estaba ella para suplir mis incapacidades.

Mis temores carecieron de base. Alicia no la volteó a ver. Entré con ella, ambos de puntitas, y pensé que la compañera de mis días la iba a poner de patitas en la calle. Pero no. Ni la vio ni la oyó. La musa me acompañó a mi cuarto. Y sugirió que podía dormir debajo de mi cama... Esa noche, como se comprende, no pude dormir. Pero al día siguiente, al verme con la pluma en la mano y el papel frente a mí, comenzó a dictarme. Honradamente este "portaliras" necesitaba desde hacía mucho una musa de uso corriente. Ahora comprendía cabalmente una vieja intuición: que hay dos clases de poetas: los que, por así decirlo, llevan la musa por dentro (o están embarazados de musa) y los que, faltos de inspiración, requieren de una musa externa que les dicte sus creaciones. Yo había sido un poeta del primer tipo hasta que un día se me salió la musa y me quedé más vacío que un círculo. Por eso, a decir verdad, me caía de perlas la existencia de esta criatura que, llena de imágenes, metáforas y sugerencias, se me colocaba al oído e iniciaba un festín de confidencias.

Mis poemas empezaron a aparecer en suplementos de cultura, revistas, antologías, paredes sensibles, troncos de árbol comunicativos. Y empecé mi colección de elogios, reconocimientos, jardín de flores naturales. La envidia

alzó su antena. Y la tristeza por el bien ajeno descorchó su ponzoña ante mis triunfos.

Un grupo de poetas, o parvada de plumas nacionales, se enteró, no sé cómo, de que quien esto escribe, pudo hacerse, para uso cotidiano, de una musa. Y preparó un complot para robármela. Más uno de ellos fue preso de dudas. Se aproximó al teléfono para darme el pitazo. Yo le giré instrucciones a Jerónimo, el policía-conserje del lugar donde vivo. Preparé mi revólver. Aguardé la llegada del comando. Mas los facinerosos desistieron, alteraron su concepción política o quién sabe. El caso es que ese día no corrió peligro mi criatura.

Días más tarde me quedé viendo a mi musa. Le pregunté su nombre. No quería decírmelo. Yo pensaba –¡ay de mí!– que se llamaba Calíope o Erato. Mas mi musa gritó: me llamo Petra. "Se llama Petra", decía yo asombrado. "Sí, se llama Petra". "Y encima de esta piedra –jugaba mi inconsciente– se alzaré tu renombre". Y así me imaginaba gozando para siempre la dulce mordedura del aplauso.

Una mañana amaneció mi boca saboreando un escrúpulo. ¿Dónde ha quedado –dije– mi honradez? ¿Seguiré aprovechándome de la rima y el ritmo de una voz que no me pertenece, ni me nace desde el hondón del ser o de la entraña? Mi impostura me exige –resolví– fe de remordimientos y no sólo de erratas. Y sorpresivamente, sin decir nada a nadie, me fui a buscar un sitio en que pudiese publicar unos versos que, aun hallándose escritos de mi puño y garabato, presentaban al calce la firma de la musa. Petra.

Al saber eso Petra, se encabronó todita, se mesó los cabellos y se inclinó del lado de un quejido. Y es que le está vedado a toda musa suplantar al poeta, prescindir de su mano, patearle su tintero. Temerosa de no sé qué castigo, abandonó mi casa para siempre.

Hoy he tornado al parque. Después de varias horas entreví, recostada en el césped, una musa. Clasificaba nubes y apuntaba los datos en su mano. Pasé delante de ella. Lo hice ruidosamente (victimando hojas secas a mis plantas) para que me prestara su atención y siguiera mi rastro. Pero nada. La musa me miró como percibe, si aquello es percibir, la indiferencia. Volví a pasar dos veces o tres como el que está exhibiendo, intencionado, la misma insinuación. Pero ella, sin mirarme, se levantó de golpe. Comenzó a deambular como llamada por la voz de un ignoto itinerario. Me dispuse a seguirla. Y caminé a su espalda como sin intención, silbando pasos dobles. Ella anduvo más rápido. Yo aceleré mi ritmo. Ella corrió hacia el viento. Y yo, ya sin pudor, hice otro tanto. Y la musa, de pronto, se detuvo. Una doble pregunta parpadeante dirigió a mi mirada. Y sobrevino entonces el momento en que la musa tuvo que decirse: ¿huyo de este persecutor (este poeta) o lo convierto en mío para siempre?

Me hallo esperando ahora su respuesta.



# **RODEADO DE MUNDO**

## *PEQUEÑA CRÓNICA DE UNA COINCIDENCIA*

El siglo XIX chillaba sus primeros pasos. Dos genios, oriundos de distinto continente, condición social, estado de ánimo, pasaron, sin pensarlo dos veces, del sí al no. Tomaron el rápido de la línea recta para ir del punto al contrapunto. El hombre –hijo de Don Quijote y Dulcinea– que habría de ser el maestro de obras del destino para edificar naciones en la América nuestra, y el hombre que ante el papel pautado movía una pluma, a la que resultaba imposible desoír su origen en un ave canora, coincidieron en correr del entusiasmo al descontento, del fervor al desengaño. Coincidieron en abrir los ojos, rechinar los dientes y cerrar los puños.

Bolívar y Beethoven amaron en Bonaparte el brazo armado del siglo de las luces, el cañón de pólvora enamorado de los ideales, el héroe con las bolsas del traje atestadas de cielo. Pero (al saber de su alpinismo al trono, de su cetro de rapiña y de su cacofónica y desafinada suerte de entonar la marsellesa) destituyeron a su júbilo y recorrieron todas las galerías de la misma iracundia.

Bolívar plasmó su repudio en la decisión de encerrarse en las cuatro paredes de la muina para no asistir al acto de coronación. Beethoven tachó la dedicatoria de aquella sinfonía que es un campo de batalla donde cantan victoria frente al héroe despellejado, los ejércitos de la marcha fúnebre.

Ante los poderosos y su prisa por asediar las alturas con urgencias de cúpula o por disparar en ráfaga sus órdenes, los pueblos acaban por gritar, a voz en cuello, furor y barricadas. Pero también algunos hombres elegidos saben poner el dedo en la universal denuncia, en el sueño perdido o en la llaga. Prometeo, gracias a Dios, no murió intestado.

## *MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SISMOS*

*Y no hallé cosa en qué poner los ojos que no  
fuese recuerdo de la muerte.*

*Quevedo*

Cierto, hay palabras con sabor a durazno. Vocablos que deben servirse a los postres del banquete. Alocuciones para desabotonarle cualquier reticencia al consentimiento. Cláusulas que irrumpen pastoreando sus puntos y seguido. Llamadas de larga distancia capaces de apresar a un ángel.

Pero existen también los vocablos inesperado, nerviosidad, aturdimiento. O la palabra horror, aquella que se pronuncia cuando hay un terremoto en la lengua, cuando un aullido brota por entre los escombros de toda la gramática o cuando se percibe el ruido que produce el firmamento al venirse abajo.

Miércoles. Débil, anciana, enferma, la noche da de bruces con un gallo. Las estatuas hacen voto de inmovilidad. Un surtidor insiste en inventar de nuevo la geometría. Aunque miran pasar y pasar a los transeúntes, las casas no dan un solo paso. Se encuentran en la colonia, la calle, la confianza y el número de siempre. Una elegante brisa se atuzo los aromas. Las paredes, los tugurios, los rascacielos hablan seguridad, gritan rutina. Los hospitales, con su vestido blanco de enfermera, exudan salud por los cuatro costados: alzan ventanas sin resfríos, columnas no reumáticas, piedras cuya presión no tiene nada de alarmante. En posición de firmes, sólo admiten el aséptico derrumbe de los elevadores. El astro, en el cenit, hace que únicamente las sombras se desplomen de los edificios. La tarde, con su redada de grises, le pone los primeros cimientos a la noche. Los puentes continúan ocupados en tomar de la mano las dos orillas. El crepúsculo se inicia con un redoble de penumbras y la noche baja su tren de aterrizaje...

Mas el jueves diecinueve, cuando el asombro se hace madrugada, hay un pavor que se abre, un huracán que preña cada adobe, un tronar de oraciones en los dedos. La naturaleza, sepultada bajo edificios, avenidas, zapatos, depositada en las bodegas del olvido, resucita, se despereza, aflora dando manotazos y conjugándolo todo en presente de apocalipsis. El epicentro de la angustia es un nudo en la garganta. Los individuos corren a protegerse en los rincones, en el pasillo, en los marcos de una vieja leyenda o en el "lugar seguro" de una plegaria. Mas el techo (donde la lámpara es el sismógrafo al que los ojos elevan sus preguntas) salta a cohabitar con el piso y cada casa o vecindad, con su atmósfera agrietada, corre, enloquecida, en dirección de los escombros. La palabra horror brinca del diccionario, se despelleja de sus letras y se clava en la frente. Una mujer, un hombre, un niño, en el primer cuadro de la inadvertencia, viven bajo los pies la conversión de lo sólido en gaseoso. Y quedan atrapados en el sitio exacto en que se establece un compromiso entre el espacio y la pesadilla. Un puñado de oxígeno, que no halla ni el elevador ni las escaleras, les hace compañía. Hombre, mujer, niño, oxígeno se saben en la sala de espera de la desesperanza. El ruido se esfuma poco a poco: hay un endeble silencio sostenido con estacas. Y se escuchan

desde la trastienda del caos una, dos, tres voces que, con todas las palabras hincadas de rodillas, le demandan a su deidad la salida de emergencia del infierno. Pero Dios, si existe, se encuentra jugando un solitario, resolviendo un crucigrama de planetas o revisando las instalaciones de su perfección.

¿Quién es el responsable? ¿Quién despertó los zarpazos del escenario? ¿Quién convenció a las piedras de realizar sus inclinaciones homicidas? ¿Quién arrastró al suelo a sacudirse su horizontalidad adormilada? Quién, desencadenando los vientos subterráneos, hizo que zozobrase la quietud en la loca pretensión marítima, cómplice de la incurable enfermedad de las anclas? ¿La divina providencia? ¿Un sabor amargo en la boca del destino?

Al asco en punto, cuando se haga el poema banquillo de acusados, y sean pasados por el odio el que diseña casas y edificios que ya desde su placenta de números eran añicos amalgamados, o el que vela la amenaza del derrumbe con los brochazos de su mentira fresca o con la policromía ronroneante de una mano de gato, llegará la hora de domesticar la fiera subterránea. Pero sólo será dable tal empeño si los hombres que no tienen los puños guardados en casa, si los individuos de manos callosas y un cerebro pintado de verde, logran alzar un nuevo terremoto, más violento, más caos, más hipnotizado por la nada, pero hoy contra el sistema, contra sus columnas burocráticas, contra la corrupción que se ha hospedado en el enjambre de intersticios de sus muros, contra el techo de su poder ejecutivo y contra los pilotes de su iniciativa privada de madre.

## *EL TRÁNSITO*

Sí, el crujido es el himno de la destrucción. Todas las cosas –los muebles, los arcones, los arbotantes– descubren que tienen una entraña y la vuelcan al exterior en un quejido. Mas el caos no es una epidemia contraída sólo por las cosas. No se limita a repartir, con su morral de grietas, la muerte en los alrededores. También sacude los estados de ánimo, los arregla, los convierte en pedazos de neuralgia al viento. No hay entonces ninguna decisión que no haya recibido instrucciones del vértigo o que no se haya inclinado a morderse los puños a escondidas.

Alguien deja, por ejemplo, de creer en su padre. Y deja de tener, al fin, las rodillas despellejadas. El respeto se le bambolea, y el futuro despide un inconfundible olor a añicos. Se hace fuerte en su pecho y le pide consejos a su náusea. Sabe que ha llegado el día de formar una comuna con su orgullo. Y saca a pasear a su mayoría de edad a los parques, a las cantinas, al aire puro. Puede ser, igualmente, que una mujer enferma de sumisión, viva un desquiciamiento en su paciencia. Vaya a buscar el viejo masoquismo que guarda en el cajón de los pañuelos, cuidadosamente planchado, y lo arroje a la basura. Rompa su alcancía de rencores. Arroje la cocina al colofón de su existencia y, tras de descubrir que sus manos, embarazadas, se convierten en puños, se arremangue el entusiasmo para romper a hachazos la puerta clausurada, a la busca de un orgasmo de oxígeno.

No es difícil, tampoco, que en este mismo instante, un obrero, al hacer el mismo ademán por milésima vez, se tropiece con su rechinar de dientes, con su cólera nueva –su furor cachorro– que acaba por ponerlo en pie de muina: primero con dos o tres dedos que se declaran en huelga, después con sus manos que, en la materia prima de su propia carne, esculpen su completa parálisis, la belleza sin fin de la iracundia.

También es probable que el hombre rudo, el destetado de letras, el famélico de frases y guarismos, sienta que la misión oculta de las ciencias es patearle los testículos. Buscará, entonces, una salida de emergencia. Desnudará la atmósfera: la volverá intemperie. Y saldrá, firme el paso y la frente enredada en la nube de un propósito, a firmar el acta de su propia independencia.

El hijo rebelde, la mujer en ristre, el obrero en lucha y el ignorante en llamas dejan su contubernio con los muros y corren, como gotas retrasadas, a unirse al mar rugiente del mitin callejero, al océano que, con oleaje de gerundios, desafía al orden imperante, a la inercia, a la tradición y su bestiario de ideas fijas.

Suena, entonces, la hora. En todas las palabras del diccionario que hablan de paz, armonía, calma hay un ligero temblor ominoso, como si les castañeteara el ser. El zapato da en el suelo con las vísceras o las menudencias de las verdades eternas.

Suena, entonces, la hora. Diseñador de escombros, el terremoto gana el corazón de las instituciones: en el templo, en la escuela, en el hogar los

derrumbes se siguen unos otros con la puntualidad de un tiempo por las divinas leyes aceitado.

Suena, entonces, la hora. Más que un cambio de sueños requerimos un cambio de cabezas. Poner las cosas en s. debido desorden. Brindar, con pedazos de vidrio, por la anarquía existente. Hacer un inventario de las ruinas que vaya imaginando el fin del mundo.

# **EL AZAR Y OTROS DESVELOLOS**

## CAÍN

Pájaro estrafalario. Pero pájaro. Pájaro que rechina cada vez que pretende ser gorjeo. Pero pájaro. Artefacto de papel, varillas, engrudo que hace su nido en los extremos de mirada. Juguete de propulsión a sueño. Ángel extravagante manejado por el control remoto de mi júbilo.

Cometa con su cauda de trapos. Asteroide transterrado de la geometría. Prófugo del compás. Monarca del vaivén y los bandazos. Chirrido disonante de la música que va cada planeta tarareando.

Yo lo enseñé a volar. Le obsequié su primera cartilla de tormentas. Le dije de la atmósfera. Lo recluté a la célula de todos los que odiamos la ley de gravedad. Lo conjunté a manos con un hilo de la más flaca y dura vocación carcelaria. Inicialmente, lo hice moverse a lo largo de la pista, como el avión que no puede hacerse a las alturas si no corre olfateando una porción de tierra antes del vuelo. Después lo hice aletear temeridades. Lo presioné a codearse con los dioses. Lo encaramé al orgullo. Lo hice decoración del absoluto.

Pero llegó mi hermano. Y llegaron sus dedos. Y arribaron, con su relampagueo de níquel o de plata, las tijeras. Las tijeras y su hambre renovada de minucias. Las tijeras, hijas de la vindicta y la guadaña. El hilo fue tronchado y el cielo retornó a su condición de viejo invernadero de palabras mayores.

Me arrojé a un amasiato con la cólera. Mis entrañas se pusieron en pie de barricada. Mis músculos oyeron la consigna de la máxima alerta. Quise soltar las riendas a mis puños. Me coloqué al oído del revólver. Más preferí amarrar mis ansias asesinas al rechinar de dientes.

Después de vacilar, y comerme pedazos de mí mismo, finalmente sentí que a mi criatura le asistía el derecho de ser libre, de ser fiel a los votos de libertad que estaba predicando en el espacio. Miré cómo jugaba a ser crepúsculo. También cómo fingía ser el punto de cita de las ráfagas. La seguí en su propósito de hacer de su esperpento de colores el anuncio fugaz de lo sublime.

Y mientras, a lo lejos, adiviné a mi hermano revolcándose en los clavos de su cama, contemplé, satisfecho, el hilo roto, el hilo cabizbajo retenido por el pulgar y el índice de mi alma. Supe de la derrota de otra cárcel.



## *MUTACIÓN*

Como perro sabueso, detrás de unos pies en polvorosa, Caín corría en pos de Abel. Éste huía despavorido, sabiendo que su propia agonía le pisaba los talones. Arribaron finalmente a la ciudad. La persecución prosiguió. El persecutor y el perseguido llegaron por último al callejón sin salida. Pasaron lista a su resuello.

Abel divisó el muro, advirtió los estertores del camino, palpó la claudicación del porvenir. Se detuvo. Giró sobre sus pasos. Y aguardó la llegada puntual del infortunio. Un ave de rapiña, allá en el cielo, se dedicó a exhibir las formas todas que luce la impaciencia.

Caín, blandiendo el arma, clavó los ojos en su víctima, en su pecado mortal. Hojeó las vivencias de su hermano. Descifró el jeroglífico del miedo en las provincias del aullido. Sufrió un transplante, entonces, de cerebro. Vivió el terror de una sentencia a muerte, de un brazo con el pulso marchito. Titubeó entonces. Y dejó caer la quijada de burro.

Abel miró a su hermano. Creyó ver la mirada de siempre: la vista sanguinaria y fratricida del enemigo de su oxígeno. Tomó por los cuernos la mirada, el parpadeo del odio. Lágrimas que eran un verdadero compendio del rechinar de dientes. Y levantó del polvo la quijada del asno.

Qué cambio de papeles: de un lado, la iracundia cambiándose de cuarto, coitada en compasión, remordimiento. Del otro, la ternura mutada en pie de cólera, gatillo de la rabia. Qué mutación. Qué trueque de contrarios. Qué forma de engendrar la tesis y la antítesis su síntesis de sangre.

## *METAFÍSICA URBANA*

Llegué, como todas las mañanas, todos los días, a la pinche terminal de los autobuses para comenzar mi recorrido, mi chamba de un día sí y otro también. Agarré con las manos entumecidas el volante desde las cinco o antes o eso parecía por la oscuridad. Calenté el motor y salí como alma que lleva el diablo. Dentro de un rato el pasaje ojete va a llenar el camión. Y tengo que manejar y cobrar y cobrar y manejar. Dentro de un rato, maldita sea, esta nave va a ir atiborrada de gente como un mitin ambulante. No voy a poder respirar. Me puse a pensar en una bufanda. De esas calientitas de colores chillantes. Palabra que vendería mi alma por una bufanda. Nadie en la esquina. Disminuí la velocidad. Si al menos el café con leche no hubiera estado frío, pero la canija Chole siempre a destiempo, sin atenderlo a uno. Di vuelta a la derecha. Aplasté el acelerador. En la esquina no me esperaba ni un alma. Empecé a canturrear. Privilegio de la soledad es hacerle un rato al Jorge Negrete, al Pedro Infante, al Javier Solís. Atravesé no sé cuántas cuadras sin que un solo pasajero me hiciera la parada. A eso de las 5:15 la cosa me empezó a llamar la atención. ¿Qué mosca le picó al pasaje? ¿A todo mundo se le pegaron las sábanas? Me puse a caminar lentamente, casi a vuelta de rueda, y a pensar en el regaño de mi viejo, y darme de nuevo coraje porque se entromete en mis cosas y qué carajos le importa que yo me pase hablando muchas horas con la vecina. A lo lejos, a la mitad de la avenida, se distinguía el punto. Era un punto que movía la cola y caminaba distraídamente. Bajé la velocidad. Pisé el freno suavemente. El punto fue engordando, por uno de sus poros soltó un ladrido y le pude ver los ojos azorados y suicidas. Frené violentamente. El perro salió hecho una estampida dejando a sus espaldas el espectro de su espanto. Me detuve en la esquina, con la doble intención de reponerme del susto y de esperar al pasaje. Pero nadie se acercaba a mi jet. Ya había gente en la calle. Ya un periodiquero le estaba salpicando los canes a una criada tempranera que iba al pan. Ya unos niños, con las narices rojas, marchaban en fila india hacia la escuela. Un hombre, trasnochado, cargaba con dificultad su máscara de alcohol, culpa y ojeras. Después de esperar uno o dos minutos en la esquina, apachurré el acelerador. Y sentí que algo raro pasaba ese día. Todo parecía igual. El sol, en el horizonte, haciendo de las suyas. Los coches a mi lado, ruidosos, tensos y agresivos como siempre. Una poca de gente yendo y viniendo igual, exactamente igual que todos los días. La rutina como pan nuestro. Todo parecía lo mismo, pero, el que nadie subiera al camión, el que después de tantas cuadras de la terminal, siguiera mi poderoso vacío, me pareció raro. Es algo que sucede, me dije. Dejé de pensar en ello. Carajo, la vecina está como quiere. Qué padre ayer en la noche. Voy a volver a pensar todo, con detalle, como si alguien me lo contara. Subí por la escalera. Desde el techo de mi casa vi su ventana. La vi llegar. Se estuvo peinando o arreglando el pelo. Se desvistió despacito. Qué chulas piernas. Y las chichis. Nunca hubiera imaginado lo grandes, blancotas y duras que están. La canija apagó entonces la luz. Mi máquina, vacía, iba corriendo al par de un delfín atestado ya de pasajeros. El contraste me hizo recapacitar en que algo pasaba.

Consulté el regalo de cumpleaños de mi padre. Llevaba media hora de recorrido y nada. La cabeza me empezó a dar vueltas. En las sienes sentí el pulso de las arterias. El que un camión, a la cuarta parte de su travesía, fuera vacío, me empezó a parecer escandaloso. Era como si un día amaneciera el De efe sin su catedral. Imagínate que te despiertas temprano. Te bajas en la parada del zócalo, buscas el reloj de la catedral y anda vete de catedral. O es como si empezara a llover jugo de naranja y todas las señoras sacaran sus vasos por la ventana al acercarse el desayuno. O es como si el presidente de la República amaneciera sin el dedo que da el dedazo. Mi imaginación, mis comparaciones me distrajeran y hasta me hicieron reír un poco. Pero cuando volví a la realidad, cuando caí en cuenta de lo extraño y absurdo que resultaba ir al volante de un "camión vacío" me volvió a sofocar la angustia. Afortunadamente un hombre en la esquina me hizo una "parada". Todo volvió a serenarse. La normalidad ordenó nuevamente las cosas. La catedral volvió a su sitio. El jugo de naranja fue ordeñado otra vez en sus tetas naturales. El presidente de a República pudo con satisfacción contar en su mano cinco dedos. En la esquina estaba un hombre, con el brazo levantado, con un gesto tan seguro, tan tranquilizador, tan definitivo, que probablemente hasta las ráfagas del viento pensarían en detenerse. Yo aplasté el freno como quien aplasta el gusano de una velocidad enferma, de un movimiento repulsivo. Me acerqué lentamente a mi futuro pasajero. Se diría que mi nave empezó a coquetear con él. A abrirle los brazos. Él, sereno, seguro de sí mismo, con gestos de gran resolución, subió el primer escalón de mi máquina. Pero en ese momento una mujer, que venía corriendo hacia nosotros, gritó: ¡Rodolfo, Rodolfo! bájate, quiero decirte una cosa. ¡Rodolfo! por lo que más quieras... Mi pasajero se bajó precipitadamente y se dirigió hacia la mujer. Yo, confundido, no pude menos que acelerar. Y acelerar con mi camión vacío. Y cuabras y cuabras se me vinieron encima. Y fui devorando poco a poco mi ruta. Entré al centro y a las calles más populosas y transitadas. En las banquetas deambulaban, de un lado y otro, multitud de peatones. En las calles los autos, las camionetas y los autobuses se pisaban los talones, se gruñían, se lanzaban tarascadas. Todos iban repletos, colmados, estallando gente. Pero yo, mi nave, mi instrumento de trabajo, íbamos, continuábamos yendo, vacíos, terrible, incomprensible, absurdamente vacíos, como si se tratara de un camión apestado. Unas mujeres estaban en la próxima esquina. Respiré un instante. Pero empezaron a caminar hacia una calle que no estaba en mi itinerario. Las seguí una cuadra, dos... Me acerqué a ellas. Las invité a subir. "Las llevo a donde quieran", les dije lleno de esperanzas. Pero ellas se encabronaron. "Es el colmo, gruñó una, ahora hasta nos siguen los chóferes con todo y autobuses". Volví, cabizbajo, a mi ruta. Sentía mareos, con la frente encendida y las manos empapadas. Dos horas, tres. Es imposible. ¿Qué pasa? Virgencita de Guadalupe: haz que en la próxima esquina se suba alguien, aunque sea una sola persona. Haz que vuelva lo cotidiano, lo normal, lo conocido. ¿Por qué nadie sube? ¿Por qué nadie me reintegra lo habitual? Y preso de ansiedades, como un mártir flechado de preguntas, divisé a la distancia, con los brazos abiertos del buen puerto, por fin mi terminal.

## **DE POR QUÉ LOS ALUMNOS DE FILOSOFÍA Y LETRAS NO SE DISTINGUEN POR SUS CONOCIMIENTOS**

Bertha Núñez, bibliotecaria de la Facultad, era siempre la primera en llegar y la última en salir. Como esto ocurrió durante veinte años, el director de la escuela, por sugerencia de una asamblea tripartita (de maestros, alumnos y empleados) decidió condecorarla y regalarle un diploma. Este honor garantizó que durante otros veinte años siguiera siendo Bertha Núñez la primera en llegar y la última en salir de la biblioteca.

A las diez de la noche, todos los días apagaba las luces y cuidaba que la puerta exterior quedara bien cerrada bajo llave.

Apenas se perdían sus pasos por los corredores de la Facultad, cuando se oía dentro de la biblioteca un extraño estruendo y empezaban a descender (a saltar, a deslizarse) desde los libros algunos personajes. Raskolnikov dejaba a sus espaldas su habitación, brincaba desde Crimen y castigo hasta el centro de la sala. Pangloss había logrado evadirse del Cándido. El bachiller Sansón Carrasco departía entusiastamente con Falstaff. A la derecha se había formado un corrillo en el que la conversación sobre política era mantenida por Edipo, Pito Pérez, Swan, Telémaco y Kim.

Todas las noches ocurría lo mismo. Y más cuando había llegado a la biblioteca una remesa de nuevos libros. Todos, entonces, estaban deseosos de conocer a los personajes de las obras recién llegadas.

Un día, sin embargo, ocurrió algo inesperado y fatal: la señorita Bertha olvidó las llaves de su casa en su escritorio de la biblioteca y tuvo que volver, hacia las doce de la noche, a su lugar de trabajo. Apenas se escuchaban sus pasos en el corredor, cuando hubo un verdadero revuelo en la biblioteca. Los personajes se volvieron, nerviosos, a contemplarse entre ellos. En sus pechos se afirmó la existencia de un corazón agitado. Y cuando oyeron que la señorita Bertha introducía la llave en la puerta exterior de la biblioteca, se precipitaron en la más loca de las carreras, hacia sus habitaciones, hacia sus refugios. Pero lo hicieron con tanta precipitación que los personajes se metieron en diferentes libros y, temerosos de que les volviera a ocurrir algo semejante, no tomaron a salir de ahí. La Julieta shakespereana fue a dar a Las flores del mal, Tartarin se escondió en las Crónicas marcianas, Gargantúa en La perfecta casada y la Justine en la Imitación de Cristo.

Esta es la razón por la que los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras no se distinguen por sus conocimientos.

# **REGUERO DE CUENTEMAS**

## *LA TÁCTICA*

Al abordar, jadeando, la página presente de este texto, se me ha ocurrido una fábula que me envidiarían el gran La Fontaine, el sentencioso Iriarte y el mínimo y dulce Monterroso. Va de cuento: las liebres, cansadas de aparecer, en la pantalla chica o en los labios de la abuela, derrotadas siempre y fatigadas de ser el perpetuo hazmerreír de toda meta, levantaron el puño, aullaron sus enconos y se declararon en huelga.

Su forma de lucha fue el tortuguismo.

## ***DEMOCRACIA***

Es cierto que el orgasmo no estaba en la orden del día. Pero los poros de la piel son soberanos.

## *FIN ALE*

El programa incluía la marcha fúnebre de un músico anónimo del siglo XIX. El violín primero y la viola encendieron los motores de la angustia. El violín segundo ató un par de notas en un nudo en la garganta. El cello hizo una cabriola en el sexto compás. Y el cuarteto en pleno empezó sus dimes y diretes, sus quejumbres y sollozos. El público, impávido, distraído, se hallaba en las inmediaciones del bostezo. Fue entonces el instante en que advertí que algo extraño se gestaba. Cuando el cellista arribó a las semicorcheas del segundo tema, se le empezó a caer el pelo. Casi simultáneamente, el segundo violinista perdió intempestivamente una oreja que rodó hasta quedarse en el límite del escenario. El violista fue víctima de un proceso destructivo que, al mover la pierna, motivó que un pie se le desmoronara. La marcha fúnebre llegó a su término. Cuatro esqueletos se prepararon para agradecer los aplausos.



## *MINICUENTO POLICIACO*

A asesinó a B. Y, tras de hacerlo, se disfrazó de A'. C, después de múltiples pesquisas, y tras de asediar a una biblioteca entera de novelas policíacas, descubrió que A tenía las manos llenas de la sangre de B; pero no que A se hubiera disfrazado de A'. CH, en cambio, y por pura suerte, cayó en cuenta, no que A hubiese asesinado a B, sino que A se había disfrazado de A'. C y CH han hecho una cita para comunicarse sus descubrimientos: el de C, que A mató a B; y el de CH, que A vive disfrazado de A'. Estamos a punto, se diría, de un caso resuelto. Pero resulta que D –el psiquiatra de A– ha revelado al mundo que A no sólo gusta de asumir tales o cuales disfraces, sino que padece un desdoblamiento de personalidad que lo hace figurarse a veces ser C y a veces CH.

## ***INCIDENTE***

La celebración de las bodas de oro llegó a su apogeo: la hija menor iluminó la sala con un pastel colmado de chocolate, nueces y años en llamas. Todo el mundo instó al padre a que, frente a las velas, mostrara la juventud de sus pulmones. Ya iba a hacerlo, cuando otro de sus hijos le recordó que antes de dar rienda suelta a su fuetazo de aire, debía demandar un deseo. Hubo un momento de expectación. La atmósfera sintió la inminencia del aplauso. Y el hombre soltó la ráfaga violenta de su soplo. En ese instante, de golpe, se apagaron las velas y la vida de su esposa.

## ***TELECOMUNICACIÓN***

Cuidado con lo que piensas; no te regodees en tus deseos inconfesables; no organices en tu fuero interno una exposición de perversiones. Cuidado. Que tienes el alma intervenida.

## *TEDIUM VITAE*

Algunos días deben ser arrojados a la basura. Nada pasó en ellos. Nadie tocó a nuestra puerta. El fastidio refuerza las junturas de su monarquía. Uno va de la cama al café con crema lleno de esperanzas. Sueña con descubrir la ruta más corta hacia las Indias. Piensa en la mujer o en la amante de nuestro prójimo. Se pone ante la máquina de escribir. Cree que en el papel va a lograr que las nubes se desplacen lentamente, que los pájaros aleteen con los párpados de los lectores. Pero nada.

El memorándum tritura el embrión de un verso. Las alas están de nuevo entumecidas. El hastío lleva el compás de su propio cabeceo. Por la tarde se conciben grandes designios. La palabra imposible camina hacia el cadalso. El festín de la araña será a las ocho. Hay que comprar ginebra y tonic. No olvidar el queso y las aceitunas. Una cita es el mejor de los tesoros. Más nadie viene. Nada ocurre. Solamente hay vacío. Por afuera, por adentro.

Es entonces cuando uno mira el cesto de basura, y tras de renegar de este día –que se va volviendo en ayer, a fuer de arrugas– leva anclas para hallarse (viento en popa, a toda almohada) lo más pronto posible en alto sueño.

## *NOÉ*

Las fuerzas naturales fueron afinadas para iniciar el tercer movimiento de la sexta. El relámpago puso su brochazo de pintura blanca en el aire. La oscuridad, los truenos y los rayos empezaron a hojear un cuento de terror. Antes de descoserse, en las nubes hubo un mitin de cántaros. El viento sufrió la más histórica de sus pérdidas de paciencia. Los árboles comenzaron a flagelarse con latigazos de agua. Y se inició un huracán violento, compacto, infinito: algo que podría llamarse diluvio y cuenta nueva.

Yo me hallaba seguro, confiado y optimista, con mi barco de papel entre los dedos.

## ***LO MÍNIMO PRODIGIOSO***

El minicuento puede leerse en cualquier parte y a cualquier hora. Acostado o de pie. Bebiendo tequila o trasquilando una cerveza. Es dable devorarlo, de reojo, mientras tomamos los últimos sorbos de café con leche. Su solo tamaño nos invita a tener con él una aventura. Luce, a decir verdad, todas las virtudes de la mujer fácil: si en su cuerpo insinuante adivinamos la enmarañada seda de sus intimidades, sabemos que en su puerta no existen siete escrúpulos que nos obstruyan el paso.

Lo bueno, si minicuento, dos veces bueno.

## ***GOLPE DE AUDACIA***

Mis hijos y yo decidimos robar el banco. Enrique, Graciela y Guillermo se encargaron de la operación. Los tres lo hicieron encapuchados. Enrique llevaba la metralleta y Graciela y Memo las pistolas. Yo me quedé afuera, como chofer del automóvil. Guillermo llevó la voz cantante, ordenó que todos se arrojaran al suelo "para oír la respiración de las hormigas" –según dijo, con una ironía de dudoso gusto–. Desarmó al policía bancario. Y exigió a las cajeras que llenaran las bolsas. Quique vigiló, con su metralleta, y con una mirada dura y acerada, que se cumplieran las órdenes. Graciela recogió las bolsas. Y los tres salieron, con el botín a cuestas, hacia el auto. Yo metí primera. Y corrí a no sé cuántos despropósitos por hora. Llegamos al viejo departamento. Dividimos el botín y nos convertimos en cuatro millonarios.

Al terminar de contar mi parte, y al comprobar que el mundo de privaciones, inseguridad, temor habían terminado para siempre, me puse a gritar y gritar, electrizado por el júbilo. Lo malo es que grité tanto, con tal ansia y tamaña intensidad, que acabé por despertarme...

Los rayos del sol cayeron, entonces, en mis manos para desinfectarlas, definitivamente, de sus malas intenciones.

## ***UNA LLAMADA TELEFÓNICA***

Sí, ¿con quién hablo? Silencio. Bueno, bueno, ¿quién es? Silencio. ¿Eres tú, Cristina? Silencio. ¿Guadalupe? Silencio. Por favor, carajo, ¿quién habla? Silencio. ¿Serás tú, oh silencio, quien me llama? Silencio.



## *UN MÉDICO, POR FAVOR*

Era el momento del salto mortal. El público guardó su lengua. El redoble de tambores puso el telón de fondo de la expectación. El acróbata dio un paso. ¿Y las redes?, preguntó alguien. "Las están poniendo", le respondieron. Vino el salto triple. Y la gente, feliz, escaló las cimas de su propio delirio. Lo malo es que el niño cardíaco que estaba en las gradas lanzó su corazón, allá en el pecho, también hacia el espacio, pero lo hizo sin redes protectoras.

## *SUPLICIO*

Ya todo está suficientemente discutido. Que se vote. Sí, que se vote.

Se llegó sin embargo a un empate y el empate es siempre el cercenamiento del camino, el confiscamiento de los pies. Había, además, dos abstenciones.

Se reabrió la discusión. Y después de quince oradores se oyó la voz: está suficientemente discutido. Que se vote.

Se votó. Y mientras uno de los que se abstuvieron votó por una posición, el otro votó por la posición contraria. Hubo, pues, de nuevo un empate.

Nueva discusión. Nuevos oradores. Nuevas abstenciones. Nuevo empate.

Y así por los siglos de los siglos.

Dante quedó horrorizado. Y decidió seguir su camino. Por fortuna Virgilio no votó en sentido contrario.

## ***LA OTRA CARA DE LA LUNA***

Fue entonces cuando en sueños me dediqué a interpretar la realidad. Si el sueño, según Freud, es la realización de un deseo, la realidad, según yo (como durmiente) es la des-realización de un deseo. Las dos tesis, pues, se complementan. Una vale para los despiertos. Otra, para los dormidos. Una ha recibido el aplauso generalizado de los hombres y otra –la de un servidor– el aplauso generalizado de los fantasmas.

## **NEGOCIOS DE LA LIBIDO**

## *CONVOCATORIA*

Considerando que la soledad, mediante un golpe de mano, tomó posesión de mi cocina, mi comedor y mi recámara, que amordazó mi timbre y que, además, se dedicó a degollar no sé cuántas palomas mensajeras.

Considerando que el hilo de mi voz ha acabado por hacerseme un nudo en la garganta, que mis cartas de amor han sido ganadas por los manchones de tinta y que mi borrador es impotente ante las sílabas que brotan de mis llagas.

Considerando que el deseo me asaltó al doblar una calle, salpicó las falanges de mi impulso, amuebló cada poro de mi audacia y arrimó mi epidermis al infierno.

Considerando que tú naciste para robarle espacio al infortunio y firmar un armisticio con los garfios.

Convoco al cielo, a la luz y a la temperatura, a la música sin fin de aves inconclusas y a las ráfagas mensajeras de la flora, a que te envuelvan, te acaricien y moldeen en ti el estado de ánimo de quien durante horas se sienta a orillas del teléfono a pescar una ilusión inconfesable.

Convoco también a tu audacia, a tus sueños, a tus fibras a que te exciten, te entusiasmen y te digan: "eres, mujer, un puñado de vísceras a la espera del milagro. Desabotónate los prejuicios. Pon tu corazón en el quicio de la entrada. No dejes a las yemas de tus dedos marchitarse en el arcón perfumado de la abuela. Que tus piernas no sigan, por el amor de Dios, cerradas a piedra y lodo".

## ***ESTRATAGEMAS PARA DESCLAVARME***

Cuando niño, inventé, para uso personal, una nana. No una nana cualquiera. No una espía (con delantal) de mi conducta, personificación de un decálogo de nalgadas y un panegírico a la línea recta, sino una mujer dedicada de tiempo completo a quitarme poco a poco, pacientemente, lo niño. Lo niño y la ingenuidad, que no es otra cosa que la prolongación del clamor de la sonaja a lo largo de la vida. Mi nana, con archipiélagos de desnudez inquietante en su ropaje, sólo se presentaba ante mí si se cumplían dos condiciones: que me concentrara (torciéndole un brazo a la imaginación) y produjera un estallido de dedos. La recuerdo situada en la puerta de mi alcoba vigilando que nadie entrara, mientras yo escarbaba el cofre de mi cuerpo hasta espigar una alhaja con la mano. En uno de mis cumpleaños, a la edad en que mis pantalones 'cortos oían ya el canto de sirenas del suelo, ella se colocó en mi oído, y me regaló (sin papel de celofán) todas las palabras prohibidas existentes. Mi nana fue mi primera novia. Después de cada una de sus visitas, mi rostro quedaba embadurnado de besos. A veces íbamos al parque y nos sentábamos en el pasto a escribirle una carta de amor a nuestro enamoramiento. Una tarde, llegó con una blusa que había extraviado uno de sus botones. Los senos, velados por la cáscara del recato, dejaban a la intemperie los dos segmentos de línea curva que requiere el cuadro de la insinuación. El cosquilleo de mis manos subió de punto. Y mis ojos, mis yemas y mi lengua recibieron su primera lección de blancura. La novia inicial desapareció de mi vida, con la nube de polvo que deja a sus espaldas todo gerundio; pero me dejó esa "pasión por los pezones" que es lo primero que apuntan los psicoanalistas en sus libretas cuando se hallan haciendo una radiografía de los desequilibrios de mi fuero interno. Mi primera novia desapareció porque le pedí la mano a mi nana. Deseé contraer nupcias con mi sueño. Escribir una epopeya a la inocente tozudez de su crimen. Copular a perpetuidad con su tacto de franela. Ella se consiguió un vestido de novia que era un carnaval de seda con relampagueos de satín y brocados churriguerescos. En el umbral de la iglesia me dijo: ¿Sabes, amor mío, que debajo de esta sinfonía de telas no traigo ropa interior? El inicio de mi respuesta fue apagado por los primeros acordes del incienso. Tras de una ardua jornada de trabajo –en que con un equipo de camaradas, remendaba algunos rincones de nuestro mundo– tornaba, día con día, a mi hogar. Aquí, recorría siempre el mismo itinerario: las pantuflas, la pipa, la copa de cristal, los pezones y el diálogo sudoroso de las ansias. Pero también se hizo trizas mi matrimonio, ahogado por las manecillas del aburrimiento o desvanecido por los bostezos de mi epidermis. Di un portazo. Las palabras incoherentes y coléricas quedaron, en su allende, mordiéndose los puños. Y yo corrí a la busca de una amante. Troné los dedos. Mi nana se cambió de traje. Y empecé a degustar los goces de lo prohibido, de las citas en el cuarto piso de la clandestinidad, de la paulatina perversión de un lecho por el catálogo de posturas tomadas por la decisión y el atrevimiento.

Un día apareció, sin embargo, una mujer de carne y sexo. Me tomó silenciosamente la mano. Y atravesé con ella todos los litorales de la primera persona del plural. En ese instante se desvaneció mi nana. Dio un paso en falso y se convirtió en espectro, borrón de tinta, la parte sublime de un delirio. Por más que me concentrara, por más que acribillase a mi entorno con tronidos de dedos, mi nana fue perdiéndose poco a poco...

Mas ahora, ya viejo, sin novia, sin esposa, sin amante, dando vueltas y vueltas a mi cuarto vacío, urdiendo sin descanso estratagemas para desclavarme del suplicio, estoy tentado –por eso tengo los dedos enrojecidos– a inventarme, para uso personal, otra vez una nana.

## *EL VIGÍA*

Todo habitante urbano, todo animal de ciudad, cultiva un amor inconfesable por las azoteas. Ahí, en los prolegómenos de la limpidez, instala el tendedero de sus ilusiones. Lee poemas al oído de la nube. Filtra secretos en las patas de las brisas mensajeras. Hace, en fin, una redada de constelaciones.

Adolescente, yo gustaba también de tutearme con la región más transparente del deseo. Por una escalera empotrada al muro (como ala adherida a un hombro), no sin peligro de caerme, todas las tardes, rayando la luna, me encaramaba a mi delirio de infinitos, mi vista de águila, mi atalaya de imposibles, mi primer asedio a los superlativos.

Qué emoción inenarrable era tener el firmamento a la mano, las estrellas desprotegidas, el espacio pidiendo clemencia, el infinito conquistado con una simple escala.

En las azoteas ocurren hechos increíbles: la mariposa que se detiene en la cabeza del perro dormido, justo entre sus orejas, para dar ocasión a que la poesía saque una instantánea; el encolerizamiento que persigue con una escoba, para barrerle travesuras, a una ráfaga de pantalones cortos; la lavandera que se empeña en desteñir, como otra pieza de su ropa enjabonada, un pedazo rebelde de crepúsculo.

En mi juventud, me encantaba ascender a mi escondite aéreo al instante en que la negrura se roba la escena, la noche jala los cordones de las lámparas y se dedican las estrellas a tartamudear sus luces.

Un día, tras de afinar las cuerdas de la audacia y tras de introducirme en el ser-parado-de-puntas de la curiosidad, se abrió frente a mis ojos, sin el más mínimo parpadear de la ventana, un muestrario de delicias o un escaparate de concupiscencias.

Una alcoba, de común enmudecida por las sombras de su irrelevancia, se convirtió en escenario por obra de la luz eléctrica. Y ahí, dos mujeres desnudas y un pervertido espejo comenzaron a intercambiar caricias. Un lecho se llenó de blancura. Desde la azotea, los interruptores de luz en las paredes me parecían cálidos y erectos pezones.

Cada mujer convertía sus dedos en la ropa interior de su acosada. Como Venus del mar, un beso saltó de su placenta de saliva hacia la comisura ensortijada de un escondido labio. La excitación humedeció sus propios recovecos y, orquestada por un trémolo de respiraciones, llegó a su exaltación de cielo abierto la música sublime de los muslos. El espejo quedó profundamente fatigado.

Ese día espío mi adolescencia los secretos de alcoba que forman la ciudad con igual justicia que la argamasa, los adobes o los tinacos. Durante varias noches las niñas corruptibles de mis ojos se embarcaron para ir, a toda vela, a la isla de Lesbos. Y me hicieron asomarme, ante ese barboteo de caricias, a la perversidad de origen que cargo –que cargamos– en las entrañas del cerebro o a la inclinación que tengo, desde entonces, por todo "se prohíbe



la entrada" que me hace rondar por las inmediaciones de lo vedado, suspirarle cartas, paladear sus debilidades, rogarle con las lágrimas en las manos.

## ***UNA MUJER Y SUS DESOLACIONES***

Empezó la mujer a dudar de sus huellas digitales. Consultaba, por lo menos una vez al día, su fe de bautizo. Se pasaba horas enteras jalándole la manga al espejo. Abría desorbitadamente los ojos y se pellizcaba la identidad. Sentía que la cama, la silla y la melancolía, como las estrellas en lo alto y los gusanos en el limo, habían cómodamente en algunas de las formas del verbo ser; pero ella había extraviado, ante un golpe del aire, sus facciones, su rúbrica y su acta de nacimiento quién sabe dónde y quién sabe cuándo. Se hallaba, pues, a la búsqueda del rostro, los ademanes o las manías identificadoras que la condujesen a sí misma, a un nombre y un apellido sin grietas ni desmoronamientos, a una tierra firme que dejara la zozobra y el naufragio, olorosos a mar, allá a su espalda.

La pregunta ¿quién soy? le quemó la punta de la lengua y le electrizó las entrañas. Empezó entonces a buscarse en los otros. Preguntó a todo mundo las opiniones que sobre ella tenían. Se ilusionó pensando que su ser, abreviado en la más exacta de las definiciones, se encontraba en la boca del amigo, la honradez de la hermana, el atrevimiento del compañero de viaje. Pero el resultado de su investigación fue tan confuso que se sintió extraviada en ese hilo de Ariadna enmarañado.

Entonces la mujer, sacada de quicio, recordó aquel refrán (caro al divino escudero de Don Quijote) que dice: "Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro". No voy a poner más lo mío "en concejo", rugió. No voy a hacer ninguna otra encuesta. Mi identidad no se encuentra allá, fuera de mí, en los labios, las ocurrencias o las fantasías de los otros. Mi yo no puede estar hecho con gotas de saliva ajena. Mujer, tienes que volver los ojos a ti, escarbar a dos manos hacia tu fuero interno, hurgar en tu interior la veta de ti misma. Debes hacer que en tu pecho se hinque de rodillas la pregunta de quién eres. Y ponerte a la espera de que el interrogante, transubstanciado en mego, sea escuchado por tu entraña, tu esencia, tu ser propio.

¿Soy una mujer bella?, balbuceas. Y recordando a tus admiradores, a los implacables enemigos de tu ropa, a las miradas lascivas que espolvorean tacto, al desorden que tus piernas producen en el cosmos, suspiras: Sí, lo soy. ¿Soy también inteligente? No me cabe la menor duda. Entiendo a la perfección no sólo lo que leo, sino lo que culebrea entre líneas. Sé discernir, en cualquier discusión, quién se halla en tierra firme y quién mete los pies en un naufragio. Puedo arrojar la red de mis circunvoluciones cerebrales para pescar mi pesca. Soy hermosa. También inteligente.

Pero a veces –divagas– me siento fea. Voy por las calles y los espejos, vidrieras y escaparates me gritan: qué desagradable, qué insignificante, qué poco apetecible eres. ¿Por qué no te quedaste en casa? ¿Por qué insistes en sacar de paseo ese gesto repugnante que se instaló en tus labios, a esas ojeras de diosa venida a infierno, a esa palidez de leche enferma que sella tus mejillas? Y a veces –insistes– me creo tonta. ¿De qué habla este hombre? No entiendo nada.

Sus argumentos me parecen diversas manifestaciones del mido. No soy capaz de ver más allá de mis pestañas. Soy una profesional de la miopía.

Por eso la mujer, tras de dudar de sus huellas digitales, salió a la búsqueda de la identidad perdida, a soñar que entre el acta de nacimiento (plagada de chillidos) y el acta de defunción (constancia de un silencio) ella tendría que ser alguien que por lo menos encarnase las vicisitudes de un pronombre.

Pobre mujer, simplemente eres una extranjera que no ha aprendido a hablar el lenguaje del ser.

## QUIROMANCIA

La palma de tu mano, ante la voracidad del ojo mío, se burla de la noria de manecillas que, en el cronómetro, giran sin cesar en redor al presente. Ella habla otro lenguaje. Es huésped de distinto tiempo verbal. Le desprende su cáscara al enigma. Quita las telarañas del ojo de la cerradura. Sabe del pasadizo secreto a los pronósticos. Y empuñando su destino, alza ante la vista el manojo de líneas del cerebro, del corazón, de la vida.

(Pero demanda un intérprete. Un lector que sepa sumergirse en el alfabeto de las corazonadas. Un individuo que se coloque los vaticinios como lentes de contacto. Alguien que haya tomado cursos de divinidad. Un hombre que, lupa en mano, rescatando las minucias y desempolvando los diminutivos, se sitúe en la proa de un gerundio con el grito de: ¡futuro a la vista!).

Tu línea del cerebro me revela que en tu interior harás la guerra santa contra los catecismos, contra los silabarios de lo eterno. Le construirás altares a tu duda. No bajarás el ángel de la guarda de tu espíritu crítico frente a las mil argucias del incienso. Tendrás, qué duda cabe, incertidumbres, sueños a medio hacer, preguntas que desbordan tu saliva. Infinidad de veces sentirás que tu materia gris, sumida en la negrura de lo incierto, pasara y pasara la noche en blanco. Pero siempre estarás allá tu misma, con la ventana abierta y sin grilletes.

Esta línea (la de tu corazón) me dice que mañana sufrirás un infarto de poesía. Acunará palpitaciones de trote octosilábico y una métrica irregular asaltarán a tu pulso. Padecerás una febrícula de imágenes y un delirio de metáforas. Pero acabarás por vomitar los ripios, la retórica, las vanidades hasta lograr la salud de la hoja en blanco. Tu camino se encontrará empedrado de deliquios. Conversarás con tu carne. Te pondrás al oído de la almohada.

Ésta, bajo mi dedo, es tu línea de la vida. Aquí estás más desnuda que en la entrega, cuando el cuerpo se ciñe la intemperie. Veo que harás un viaje alrededor de tus instintos con escala en quién sabe cuántos éxtasis. Acondicionarás tus ojos para que en ellos quepan cinco continentes. Y a la vuelta traerás en tu equipaje la curva de experiencias de tu viaje redondo. Más aguarda. Aquí miro, en la esquina de una calle populosa, que una cifra de números con terminaciones insinuantes te jalará la manga. Escogerás alguno, y lo harás a sabiendas de que obtendrás no sólo el reintegro del júbilo, sino la combinación para la caja fuerte.

Proseguirá tu vida, tu rosario de instantes, ensartando sucesos previsibles y sorpresas. Ensillarás a veces uno de tus presentimientos. Y saludarás al porvenir como viejo conocido. Sufrirás en veces el zarpazo de una esquina y te quedarás lamiendo las heridas del asombro.

Tu instinto de conservación tendrá todos los cumpleaños que desees. Sólo la fatiga –en secretos amores con la tierra mortuoria– habrá de darle la espalda al oxígeno. Oyes bien. Fallecerás de pronto, sin caer en cuenta del

desorden en tu entraña. Morirás con tu gente, como el centro al que acompaña, al expirar, toda su periferia. Vislumbro, en fin, que ahora, cuando terminemos la sesión, y los augurios a amueblar tu memoria y tus cautelas, miraras de reojo a tu divino, parpadearas no sé qué insinuaciones, y dejaras en mis dedos, al acto de despedirnos, un tramo intenso y dulce de la línea de tu vida.

## *LA CÁTEDRA*

El Perverso vio de frente a la Mujer Normal. Descubrió el escondite de la cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones? La Mujer Normal sintió que el sudor le perlaba el impulso. Bajó los párpados. Y salió de debajo de la cama.

El Perverso insistió: ¿qué tienes contra mis manos? La Mujer Normal se limpió el polvo y se echó a llorar. El Perverso la sentó por la fuerza en sus piernas, se puso los lentes y empezó la lectura de su monografía sobre el pecado.

Un año después, la Mujer Normal se deshizo del remordimiento. No simpatizaba, sin duda, con las infracciones de tránsito. No entendía el dialecto de las exageraciones. No le soltaba las riendas a sus atrevimientos. Pero ya había organizado un círculo de estudios con sus zonas erógenas. Ya había conversado de pornografía con las yemas de sus dedos. Ya, en fin, se había decidido a cometer, sin titubeos, pecados inmorales.

Y así, la Mujer Normal se fue deslizando imperceptiblemente hacia el último cajón de la libido, hacia el relajamiento de sus negaciones, hacia la apoteosis de lo reprimido, hacia las ocho columnas del escándalo.

El Perverso la contemplaba, a todo, como el maestro ve a su pupila, la nena de sus ojos. Aplaudía. Canturreaba victoria. Y registraba puntualmente los adelantos sensoriales de ese corazón revestido de tacto.

La Mujer Normal, sin embargo, rompió todo límite... Cohabitó con el lado más húmedo de los secretos, sedujo a sus indiferencias, escarbó en toda cama a la búsqueda del paraíso y estuvo a punto de morir, como Cleopatra, por la mordedura de un falo.

El paso de la Mujer Normal aventajó al Perverso. Lo dejó muy atrás, dedicado a masturbar quién sabe qué ortodoxia.

La Perversa vio de frente al Hombre Normal. Descubrió el escondite de su cremallera. Y dijo: ¿por qué te asustan mis insinuaciones?

## ***PRIMEROS PASOS EN LA RECTA FINAL***

Hace tiempo, tuve unos amores tormentosos. De la noche a la mañana, me hallé con pañuelos compungidos, convulsiones, requerimientos y portazos. Mi solapa estuvo a punto de perder su dignidad. Mi teléfono abandonó su papel tradicional de resquicio, ojo de cerradura para el tímpano, para volverse ventanal ante la angustia ajena, las manos desquiciadas y la agitación de un estandarte de ojeras acusadoras. Mi corazón dio un traspié y cayó en un pequeño charco de lágrimas. Pero no puedo recordar el nombre de la mujer que tanto demandó y ocasionó. Comenzar a peinar olvidos y extraviar el nombre de una amante –de una mujer que coleccionaba orgasmos de poeta– es el signo inicial, inconfundible, de que se empieza a envejecer.

## *TRADICIÓN*

Se contaba en mi familia –en el discreto pianísimo del cuchicheo– que una tía no muy lejana sufría tal pasión por el vicio del juego, que descendió a una conducta indescriptible: con tal de no perder una de sus citas con los naipes, y una nueva oportunidad de barajar su providencia, ocultó la muerte del hijo recién nacido (al que escondió en el arcón de un ropero), y sólo después de terminada la partida, reveló a todo mundo la desgracia.

Yo tengo para mí que esa leyenda es un infundio. Algo urdido por el mundo contra los González. O tal vez una historia imaginada por nuestra propia mente enloquecida para formar nuestro museo dedicado al masoquismo. No obstante, la leyenda está ahí, y pasa de generación en generación con la misma regularidad con que lo hace todo testamento de genes. Está ahí. Pero emboscada. Fingiendo no existir.

Por eso, no dejó de sorprenderme –astilla, en fin, de ese árbol genealógico– que ayer por la noche, después de las copas de campari, los besos a medio hacer, la excitación en clara sintonía con un vientre, corrí a ocultar mi amor exangüe, recientemente muerto, en el arcón del viejo ropero familiar, para lanzarme después a un amorío, a mi vicio de siempre.

## ***HOJA DE PAR RA***

Pásame toda tu ropa y tus pudores para ponerlos en la silla. También esa prenda. Sí, ándale. No te dejes convencer por los botones. Ahora acuéstate en la cama. Córrete un poco. Ah, espérame... voy a apagar esta hoja en que escribo.



## *EN LA CANTINA*

Usted, mi querido vate, no debió de bajar la guardia. No midió las consecuencias. Se arrojó al precipicio como si esos muñones desplumados fueran alas. Pero no quiero insistir demasiado: usted, en ese estado lamentable en que está, con ese temblor gelatinoso sobre el labio y esa palidez de corazón arrepentido, es la magna obra de 'su propio remordimiento. Espere, no huya. Una buena dosis de verdad lo mantendrá despierto y le hará bien al estómago. Espere. Venga acá. Quiero que me oiga. Pues qué, mi Amado Nervo, ¿no quiere por un rato compañía? Yo también, ya lo sabe, comercio con las nueve musarañas.

Usted sabe, mi poeta, que las manos están hechas, casi siempre, para cumplir una función precautoria. Existen, y están cumplidamente revestidas de tacto, por si hay una avería en los ojos, por si las moscas hay moscas que vivan de comerse párpados. Están estructuradas, entonces, para tocar, para que el individuo no tropiece, para que las tinieblas no se salgan con la suya. Pero las manos de esa mujer que ya sabe habían sido diseñadas para acariciar y ser acariciadas. Eran el adobe inicial para armar la prueba de existencia del infinito, al hacer que el yo y el tú, frente a frente, se multiplicaran en un etcétera infatigable.

¿Usted, mi Díaz Mirón, no tomó en cuenta que asumir ese ombligo femenino como su numen poético traería riesgos insospechados? Es verdad que era un ombligo pequeño con aspiraciones de punto final. Es cierto que era una obra maestra enroscada en su propia miniatura. Y también (¿por qué escatimarle orgasmos a la lengua?) el recoveco sensual de los secretos. Pero tener a esa mueca-de-ventre como centro del mundo, como el altar de los más violentos fanatismos, tuvo sus consecuencias.

Sí, ya lo sé; usted no podía vivir sin sus caderas. Desde el día en que ella paseó, ante sus ojos, la doble curvatura que pone entre paréntesis la carne reservada a la lujuria, usted no pudo pegar los párpados. Fue como ese niño arrojado del paraíso por la insolencia de una vitrina. Sí, sus caderas. El vaivén sensorial que iba voceando a plena calle una doble versión de la concupiscencia. No pudo usted, amigo mío, dejar de estirar los dedos como el gorila aquel que encontró en un manzano su eslabón perdido.

Pero lo más difícil fue la derrota de los senos. Por más que se hallaran amotinados, en pie de blancura, con una mala opinión de la intemperie, fueron si no vistos por usted, sí adivinados, descubiertos por ese par de ojos que la materia gris sabe construirle. Su estrategia fue simple: se redujo al asalto. A agarrarle el deseo por la espalda. A sorprenderle, mustio, con su de repente. A empujarla al borde de sí misma. Ahí la vio, mi amigo, deshojada la flor del titubeo. Y el corpiño mostró ser una cárcel sin convicciones, blanda, floja, sin un solo resquicio insobornable.

Mi Sabines: usted le habló de sexo. De ponerle zapatos a las dudas. De ya no ser dos frutos que se andan por las ramas. Usted le habló de ser más tolerante con sus ímpetus. De amaestrar sus pudores. De integrarse, desnudos,

al flujo y al reflujo de las sábanas. Ella escuchó su voz y fue cediendo provincias y provincias. Usted se puso entonces a ocuparlas. Los brazos y los hombros. El beso y su jadeo prematuro. La cintura y el vientre. El pezón revestido tan sólo por espacio. Usted, caro poeta, extendió sus dominios y toda zona erógena cayó en sus litorales.

Usted (salud, mi bardo) pensó que todo en ella era perfecto. La excepción existía, pero usted la alejó de la conciencia. Usted, frente a aquel gesto, se hizo el desentendido. Y el gesto persistió sobre la cara como una maldición. Usted no quiso ver la errata del demiurgo. La acuarela fugaz y repulsiva a mitad del semblante. No escuchó, mi poeta, las voces de los ojos. A tal asco no supo sacarle una instantánea. Y prosiguió su avance. Su conquista.

Chóquela, mi Ramón López Velarde. Usted robó a los dioses. Creyó dar a sus manos, con tal golpe de cielo, el rayo que no cesa. Pero no imaginó que las deidades tomarían venganza. No se me achicopale. Yo lo entiendo. Ahora, cuando vive, o debería vivir, recibiendo masajes de la diosa y brindando caricias a la estatua de su propio deseo, se siente, sí, lo sé, amarrado al peñasco del suplicio, mientras que le devora las entrañas, poco a poco, sin prisa, para siempre, el buitre de aquel gesto, mi poeta, que usted, ilusionado por tanta perfección que iba a sus arcas, menospreció en su día.